

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 23 DE MAYO DE 1920

NUM. 19.126

## RIN ADELANTE

LUego de ver los suntuosos edificios de Coblenza, el gran templo románico, el palacio imperial, la lonja, el castillo de los príncipes Electores, la antigua casa de los Caballeros Teutónicos, las fuentes monumentales, y aun a las bellas confluencias, que nos miran curiosas al pasar, nos dirigimos hacia los malecones y belvederes que ciñen las orillas del Rin. Nunca olvidaré este paseo matinal, entre los árboles de la umbría ribera, junto a las olas románticas, en uno de los sitios más apacibles y deleitosos del mundo. La mañana, con ser de julio y de sol, parece de mayo y en los jardines de Aranjuez, por lo fresca, luminosa y azul. El río, todo verde como los ojos de sus sirenas y sus ninfas, ondula entre los claros del ramaje y se esconde a lo lejos en las vertientes de las magníficas montañas. ¡Quién dijera, en la paz de estos bosques solitarios, en este retiro silencioso, dulce y fluvial, que, tras las próximas fronteras, chocan las armas y los odios eternos de los hombres!

En el espléndido remanso donde se juntan las aguas del Mosela y del Rin, sobre el recio espotón que avanza entre ambos ríos, se yergue con formidable majestad un Centinela de Hierro. Es la estatua famosa de Guillermo I de Alemania. Puesto a caballo sobre gigante pedestal, en el centro de un vasto hemisferio, señorea todo el inmenso horizonte disputado a su raza por cuatro siglos de sangrientas lides...

Al pie del grandioso monumento nos sentamos a contemplar el paisaje. Las dos masas corrientes se unen caudalosas y tranquilas, sin espumas ni rumores, como blandos óleos en ancha fuente de cristal; parecerían quietas sin las franjas sutiles y los menudos rizos con que se peinan y acicalan al amor del viento, sin el festón de nieves que suelen añadir a los verdes tapices y a las rocas umbrías de sus márgenes. El cielo del Norte, vaporoso y húmedo, que a cada momento cambia de entonación y de luz, pinta los ríos con delicados, inefables matices, como una túnica de seda, como un tiraz arabesco de color esmeralda y raros toques de violeta y de oro. Cierran enfrente el puro horizonte de las aguas unas suaves y redondas montañuelas, coronadas de ruinas, de castillos y boscajes, a cuyos pies el Rin, pleno ya con la creciente del Mosela, salpicado de islotes y de esquifes, tuerce con espaciosa lentitud hacia Colonia.

Allá vamos con él. Después de almorzar cumplidamente nos embarcamos en un lindo vaporcito de ruedas, tan blanco y gracioso como su nombre: el *Cisne*. Como otros muchos vapores y falúas, hace el servicio de Coblenza a Colonia por el Rin.

Aunque la guerra puso en fuga al turismo en todas partes, aquí se advierte una festiva animación. La cubierta del *Cisne* se llena al punto de pasajeros, casi todos alemanes, que van a Gerolstein, a las Siete Montañas, a Godesberga, a Bonn, al castillo de Roldán, a los mil lugares de recreo y deleite con que brinda el Rin a los amigos de la Naturaleza y de la Historia. Son gentes de mundo y de negocios; familias que veranean por estas playas fluviales; viajeros de otras regiones, que se consuelan del bloqueo inglés navegando por el gran río alemán; grupos de mocitas primorosas, de estas mocitas rubias, ingenuas y sensibiles, a quienes gustan los paisajes, los

libros, la música, los deportes y, algunas veces, los cigarrillos y el *firteo*...

A media tarde suelta el vapor sus amarrazas y se encamina, por el ancho recodo de Engers, hacia Andernach, una villa

los hombres: apenas hay un rincón, una ensenada, una roca, un lindo repliegue del paisaje, donde las manos, a la vez calculadoras y artistas, de los hijos del Rin no hayan puesto un primor, un dis-

LA MUERTE DEL TORERO. CUADRO DE CARLOS VÁZQUEZ



La muerte de uno de los héroes de los circos taurinos da triste actualidad al conocido cuadro de Carlos Vázquez. No hay tragedia de esta índole en que la obsesionante escena no resurja con su belleza triste y luminosa, de sangre, lágrimas y sol. Siempre la loca angustia, siempre el tembloroso dolor de una mujer. No rompe el toro un corazón, sino dos corazones. Los periódicos cuentan cómo también en Talavera, hace ocho días, tuvo realidad trágica la visión admirable del pintor.

de muros románicos, junto a los cráteres del Eifel. A un lado y otro del río las montañas, de noble y severo dibujo, de opulento color, matizado con infinita variedad, se coronan de viejas torres y poéticas ruinas, a cuyos pies blanquean los puertos alegres, los caseríos ribereños, una graciosa muchedumbre de ciudades y casas de placer, rodeadas de selvas y jardines, enlazadas por buques y por trenes, como arrabales de una inmensa metrópoli que tuviese por calle Mayor el propio río. Todo está aquí densamente poblado, sabiamente dispuesto para belleza, comodidad e industria de

creto retoque a la obra insigne de la madre Naturaleza.

Y es tal la hermosura de este río, tales son la nobleza y amplitud de sus términos, que aquellos afeites urbanos, que tan cursis me parecían no ha mucho en la Jungfrau, no estorban aquí al goce de la pura contemplación. Porque esos menudos filifilés se esconden todos en la grandeza del conjunto, apenas se advierten sino cuando se disfrutan, cuando la carne flaca, tras las fatigas de una excursión; pide a gritos funiculares y ascensores, un buen hotel, una mesa excelente y un lecho blando y amoroso.

Grande y hermoso es el Rin, a pesar de sus modernos arrequives. La suave luz norteña, tan rica de tonos y cambiantes, envuelve con tamizado resplandor montes y pueblos, altivas cumbres y doradas torres, la obra de Dios y el artificio del ingenio humano. Aunque el afán burgués y aun los trajes industriales bullen con ímpetu en las riberas, una paz, un alto silencio reinan aquí, sobre las aguas. El *Cisne* se desliza blandamente, dibujando las airoas curvas del río con un movimiento que apenas se percibe. A compás de un lánguido murmullo siento una dulce beatitud, una efusión a la vez del cuerpo y del alma. Desde el instante en que me vi llevado por el *Cisne*, como Lohengrin, sobre las verdes ondas, no acierto a disimular mi alborozo. ¡Cuántas veces en mi primera juventud, leyendo las rimas de Heine, la *Nueva Primavera*, el *Intermezzo*, los *Nocturnos*, la historia del rey Haroldo y la ondina Loreley, soñé con este viaje por el Rin! Pocos lugares de la tierra, de los famosos y legendarios, ofrecen, a mi parecer, una tan cabal semejanza entre la realidad y el sueño, una armonía tan profunda entre la historia y la leyenda, entre el paisaje y el espíritu. El Rin es como yo lo adivinaba en mis evocaciones de artista, como la imagen de las cosas muy bellas que no se han visto, pero que se han soñado muchas veces; como las obras sumas de la Naturaleza y del Arte que ya se conocen y, sin embargo, no pierden, cuando las volvemos a contemplar, ni un ápice de su hermosura juvenil; antes bien, nos revelan nuevos motivos, nuevos matices, inesperadas emociones...

Yo amo los ríos, esas venas azules del paisaje, vasos de linfa generosa, plasma con que se nutre la carne viva de la tierra, seminales ondas por las que tiene corazón y pulso, respiración y movimiento, cabellos verdes y dorados, bocas, ojos y lenguas, atavío de luces y de flores, risas, arrullos y cantares, riqueza y esplendor. Yo amo estas nobles corrientes, imágenes también de nuestras vidas, que nacen humildes en las entrañas de los montes, crecen, pasan y huyen, sin reposar un punto, y, entre alegrías y sollozos, van a dar en el mar, que es el morir...

Yo os amo, ilustres y caudalosos ríos: ancho y magnífico Danubio, río marcial, lleno de sangre y de lágrimas, que, de la selva a la cumbre, muerdes el pórfido y el cuarzo de las Puertas de Hierro de la Historia; padre y azote de la estepa, Volga robusto y perezoso, de aguas henchidas y rebosantes, como las hordas que vinieron a ti desde el Oriente; Rodano aventurero, impetuoso y fanfarrón, amigo a la par del lago y del torrente, del ventisquero y la solana, de las nieves alpinas y los naranjos provenzales; noble y melancólico Tiber, Tajo severo y pensativo, dulce y gracioso Betis, ríos de gloria, coronados del eterno laurel; ensoñador y misterioso Nilo, que discurre con imponente majestad al través de sepulcros y palmeras, de las esfinges y pirámides, junto a las ruinas de las ciudades muertas y olvidadas; río de leche y miel, sacro Jordán, a cuya orilla, en las ondas del manso Genezareth, a la vera de los cipreses y tamarindos, aun resuena la palabra divina y redentora; Indo siniestro y pavoroso, «río macho», «río tigre» nacido en las cumbres del Himalaya, entre las fauces del Ti-



tán, allá en el «Techo del Mundo»; ríos arcaicos de la Siria, que bañáis en silencio las reliquias mudas de hace seis mil años...; ríos del Nuevo Continente, leones de colas y melenas blancas, torres heroicas, enamorados de las cavernas y las cumbres, de los abismos y los vértigos, de las espumas y los retumbos sonoros; inmensa tromba del Niágara; rey de los ríos y de las selvas vírgenes, soberano Amazonas, magnífico Señor de los trópicos; hijos forzados de los Andes, Cauca y el Magdalena; Bogotá bravo, espumoso corcel de Tequendama; ríos de cólera y estruendo, que aun atronáis con la voz y el empuje de vuestros recios domadores, los mareantes y los soldados de Iberia; monstruos de hermosura sublime que de aquellos Anteos aprendisteis a pelear con las montañas, que, entre zarpazos, chorros y clamores, las ceñís con vuestros brazos hercúleos y, a golpe de garra y de colmillo, tajáis sus rocas y abatís sus frentes, hasta caer con ellas, de un salto mortal, en las sombrías espeluncas; Orinoco soberbio, río majestuoso de la Plata, pampero de anchos horizontes, que recuerdan los horizontes de Castilla; ríos de la España de allende, que sonáis a bronces de Toledo, a idioma cervantino; arterias que lleváis sangre española, sangre generosa y azul de los Balboas y Pinzones, de los Quesadas y Herredias, de los Ojadas y Mendozas, de los Pizarros y Orellanas...

¡Eterna virtud de la poesía! Aunque otros ríos germánicos, el imperial Danubio, y aun el Elba, poderoso y fiel, compiten con el Rin y le exceden por el caudal, por la riqueza o derecho, el Rin es sobre todos ellos el símbolo, perenne de su estirpe, la urna de cristal y de oro, el relicario de Alemania. Y es que en sus peñas y sus ondas, en sus ciudades y en sus ruinas, flotan las almas del poético ayer, viven con su glorioso prestigio, sobre las tumbas de la Historia, los espíritus puros de la leyenda y del recuerdo. Aquí la hermosura natural se ha ungido con los óleos de la imaginación y del arte; aquí las tradiciones de los siglos, los versos de los poetas, la música de los *lieder*, pres-

#### LAS NUEVAS PARÁBOLAS

### EL SEMBRADOR

...Y he aquí, en la tarde serena y azul, un sembrador que sembraba su trigo...

En las pupilas extáticas y húmedas de los dos bueyes, de andar pensativo, como en dos claros espejos minúsculos se reflejaba el paisaje tranquilo...

Y he aquí que el trigo en el surco brillaba cual granos de oro en el lecho de un río...

Y fué que estaba sembrando su huerto y un caminante cruzaba el camino, y como viera su rostro, pensó:

—¡He aquí el retrato del rostro de Cristo!

Y fué que estaba mirándole absorto y oyó su voz, de un acento dulcísimo:

—Buen sembrador que cultivas tus tierras, buen sembrador de las barbas de armiño, ¿por qué en tu huerto no siembras rosales? ¿Qué valen más, los rosales o el trigo?

—¡Señor, el trigo es el pan de los hombres!

Y él contestó: —¡Sembrador, yo te digo que los que sólo de pan se mantienen nunca entrarán en el reino de Cristo!

Cuida que tu campo sea a un tiempo mismo que óptimo huerto jardín florecido...

¡¡Buen sembrador que cultivas tus tierras, cerca de rosas tus campos de trigo!!

Y he aquí, en la tarde que ya se moría, que el caminante siguió su camino...

Adolfo APONTE

tan movimiento y voz a las cosas inertes; aquí todo canta, todo ríe y solloza, todo tiene un eco inmortal.

Ahora mismo, cuando el sol declinante vierte sus oros en las aguas y resplandecen con inefables místicas, con delectados colores, como los fondos de ríos y paisajes que gustaban poner a sus Madonas los hermanos Van Eyck; cuando las moles verdes y los románticos perfiles de las Siete Colinas se dibujan sobre el cielo de violeta y de ámbar, una armonía misteriosa y profunda surge, como un eco sinfónico, en el silencio de la tarde. Parece que hasta el mismo silencio es melodía; que, en la orquesta incorpórea del aire y de las aguas, vibra la música del orbe, la música inteligible de los celestes números. Los rumores lejanos de la tierra, el compás de unos remos en las olas, los finos *escuchos* de la brisa, el ritmo de las hélices del buque se funden poco a poco en un preludio universal. Oigo el gemir de unas cuerdas, el grave son de unos bajos, el ronco tañer de una trompa, las notas de cristal de un arpa; es el preludio gigante, *El oro del Rin*, el motivo glorioso de las ondas, con que el genio de Wagner prendió para siempre en los oídos humanos la voz eterna del noble río alemán...

Otros recuerdos soñadores, otras heroicas armonías nos salen al paso junto a Bonn. La «triste figura» de Beethoven se

asoma al Rin por estas melancólicas riberas, donde oyó, sin duda, los sublimes acentos de su divina Pastoral. Toda el alma se me inunda de un oleaje sonoro: las Nueve Sinfonías, las Nueve Musas inmortales, claman al cielo con las últimas luces del crepúsculo.

Mas, cerca ya de Colonia, las Musas huyen, se enturbian las aguas, el horizonte se oscurece. Allá a lo lejos se divisa, en vez de los castillos evocadores, las negras, las humeantes chimeneas. Allá descienden las montañas y se abre la vasta llanura industrial, ese bronco país de los Titanes, la tierra de las minas y los hornos, de los ardientes yunques donde Sigfredo forja su vencedora espada.

Comienza a anochecer. Ya parpadean los arcos voltaicos en el agua. Se funden todos los matices y las formas en un violeta sombrío, manchado de muscos nubarrones. El *Cisne* tañe su sirena, dobla el recodo de Mariemburgo y se aproxima lentamente al través de un bosque de mástiles que señala en ambas riberas la cercanía del puerto. Estamos enfrente de Colonia. Sobre las jarcias y las grúas de sus muelles, sobre la pila de su apretado caserío, en el oscuro firmamento, donde lucen las primeras estrellas, aun logro ver, altivas y audaces, las agujas góticas de la Catedral...

Ricardo LEON

De la Real Academia Española

#### ESPEJOS DE LA RAZA

### RIVADENEYRA

He tropezado por azar con la biografía de este gran hombre. Una biografía que está mal hecha, porque está herida de *farsalismo*.

Me explicaré:

Hace años se nos decía en las cátedras que el defecto capital del celebrado poema de Lucano *La Farsalia* era haber escogido el autor para asunto de su obra un suceso tan inmediato a su vida y a su época que le impedía poetizarlo. Es un defecto en el que han incurrido muchos escritores; y como es más barato, y más nuevo, y más cómodo, y más honroso para mí, para el lector, para todos y para el idioma expresar un concepto tan complejo con una palabra nueva, ahí van el concepto y la palabra, para ahorrar las que sin ella se tendrían que emplear.

La memoria de este gran hombre, don Manuel de Rivadeneyra, colocada ya por el tiempo en la justa perspectiva de la Historia, perdiendo todo lo accesorio que no puede interesar a los venideros, ha quedado con toda la grandeza que tienen las figuras de calidad y representación.

Dos hechos imborrables de su vida, que habría de repetir viviéndola de nuevo: la publicación de su *Biblioteca de autores españoles* y aquel su viaje «a caballo por toda América, desde la Patagonia hasta el lago Hudson», para asegurar su obra y legar al Nuevo Mundo el pensamiento y el habla españoles, bastan para imaginar y componer, con soberana emoción para todos, la biografía de este gran hombre.

La *Biblioteca de autores españoles* es el monumento más considerable que ha podido elevarse a la literatura española, y el viaje por toda América para difundir esa obra, la empresa única, de un hombre solo, que triunfa al compararse con aquellas espirituales que emprendiéndolas muchos no han terminado todavía.

La raza es así.

Se puede confeccionar un gran catálogo de españoles extraordinarios, naturalmente desconocidos de los mismos espa-

ñoles, que no ayer, sino hoy mismo, han realizado los hechos más portentosos que pueden imaginarse.

Una vez, un hombre de bien, tierra adentro, en su hogar de Avila, tropieza con un libro de Oriente. Sin pasar por Madrid, donde no ha estado nunca, va a Barcelona; se embarca para Tokio, y vuelve trayendo traducida al castellano una novela que le ha interesado y por la cual ha tenido que aprender el japonés.

En tierra adentro también, en medio de una llanura donde todos los idealismos parecen ahogados por las montañas vecinas, otro hombre en Vitoria, subyugado de sí, sugestionado a sus más cultos amigos, funda La Exploradora, Sociedad científica para el estudio del Africa, y a su iniciativa debe España casi todas las posesiones del Muni y la Guinea.

Españoles extraordinarios, representantes auténticos de la fuerza, la energía, el ingenio y el talento, los hay en todas las partes del mundo, desempeñando el alto puesto de embajadores idealistas y de ideas, que les queda como hijos de los conquistadores.

El primer núcleo colonial extranjero de Queensland y Nueva Victoria lo formaron unas familias levantinas, que enseñaron allí el cultivo de la tierra y las industrias para la vida. Un catalán, de Falset (Tarragona), ha sido el mejor zapatero de Cantón hasta hace unos veinte años. Losada ha sido el mejor relojero que ha tenido el Reino Unido.

Antes de la guerra, bajo el régimen imperial, las tres figuras representativas más curiosas de España en Petrogrado eran una bellísima mezzosoprano, amiga del Emperador; Sartorius, un sombrerero, seguramente bolcheviki a estas horas, y la señorita González, la cantable más eminente de todo el Imperio, solicitada por los Bancos y mejores Casas de crédito. ¡Una española matemática, émula en la vida diaria de Sofía Kovalevsky, la moscovita, no admirada en su patria tampoco, sino desde su cátedra en Stokholm!

He intervenido una vez para el envío de las dos primeras series de los *Episodios nacionales* a un español desconocido, teósofo, que en las cumbres nevadas del Tibet, acordándose de su patria, «quería leer los libros patrióticos del autor de *Doña Perfecta*, y he contribuido así al homenaje más extraordinario rendido a Benito Pérez Galdós, a quien tantos aduladores le quitaban el apellido de su padre.

Los hombres extraordinarios se mueven entre nosotros sin que los hayamos conocido. Don Marcos Jiménez de la Espada ha fallecido dejando un nombre glorioso en las Academias para que se olvide fuera de ellas. Y su recuerdo levanta menos que el nombre del terror de los chicos en mi infancia, de Donato Jiménez, hermano suyo, la mejor encarnación de Don Gonzalo de Ulloa, el Comendador del *Tenorio* y el vozarrón más tremendo del histrionismo español.

La vida de Rivadeneyra está así realmente por hacer. Pero no quisiera yo que se escribiese diciendo: «Nació el día tantos de tantos de 1805, en Barcelona. Desde muy niño, etc. Fué tipógrafo, impresor, cajista de imprenta en Francia, Bélgica, Alemania, Holanda, Suiza, Inglaterra. Viajó por todo el mundo, etcétera, etc.» No; yo preferiría, más que un padrón de sus acciones y la tabla cronológica de su actividad, la exaltación de los dos hechos imborrables en su existencia que he indicado ya.

Le debemos la creación de la *Biblioteca de autores españoles*, y lo que es más, la conservación del castellano en América. ¿Saben ustedes lo que es eso? Pues algo así como si Colón, Pizarro, Cortés y todos los conquistadores, en una sola pieza, en un hombre solo, hubieran descubierto, conquistado y conservado para España el Nuevo Mundo.

De este santísimo lenérgico varón no debe escribirse jamás una vida como esas de los bienaventurados que se leen en el Año Cristiano, sino un esbozo cálido, apocalíptico, mojando la pluma en un mar de exaltación y vehemencia, como hizo Ernesto Hello para trazar sus inmortales *Fisionomías de los santos*.

Rafael URBANO

#### CLÁSICOS LATINOS

### OPA A LYDA

(De Horacio)

(Argumento: El poeta exhorta a Lyda a pasar juntos bebiendo y cantando las fiestas de Neptuno.)

¿Qué cosa grata, ¡oh Lyda!, emprendería de Neptuno en la fiesta? Saca el guardado vino; a la alegría bien el vino se presta.

Vence de la abstinencia los rigores al apurar tu vaso, y advierte cómo el Sol, ya sin ardores, va a morir al ocaso.

Mas si gustas de ver cuál resplandece con nueva llamarada, de los tiempos de Tíbul me ofrece el ánfora colmada.

Así podremos a Neptuno, en tanto, cantar con versos bellos, y a las Nereidas de lascivo encanto y verdosos cabellos.

Y tú, después, a la encorvada lira la voz y alma sujetas, cantarás a Latona, que te inspira, y a Cintia y sus saetas.

Luego, nuestras dos voces juntaremos, y en yámbico encendido los dones y bellezas cantaremos de la fulgente Gnido.

De Gnido, la que reina en las Cycladas la que en Pafos impera y a quien todas las auras perfumadas salen a recibir en su carrera.

Y por mejor dar fin al canto loco y del vino al derroche, algo después diremos, aunque poco, del sopor amoroso de la noche.

R fae' COMENGE



CRÓNICAS RETROSPECTIVAS

# La Castellana y el Prado de antaño

CONTEMPLANDO el desfile de carruajes y automóviles por el Prado y la Castellana en estas tardes de carreras de caballos, el recuerdo nos lleva a tiempos lejanos, que si no alcanzan a la fecha a que se contraen los dos viejos graba-

construir por una duquesa de Alba, casada con un marqués de Villafranca y que fué más tarde regalado por el Gobierno al Príncipe de la Paz, pasando por varios dueños hasta convertirse en ministerio de la Guerra, y, en fin, el del

a quien más que por sus títulos de Alcañices y Balbases y Albuquerque conocían los madrileños por el de duque de Sesto.

Al hermoso paseo de *Las Delicias* iba tanta gente a pie como en coche, y

**El Salón del Prado en 1842.**—Cuadro existente en la Real Casa.—He aquí un curioso documento. La mayoría de las pintorescas figuras son retratos: damas y caballeros elegantes de unos cuantos años después de aquellos en que Fernando VII gustaba paletó. Como se ve, la Moda, tirana de los hombres, ha cambiado no poco desde entonces hasta hoy. Lo que no ha variado, según puede observarse, son los perros.



dos que ilustran estas líneas, remontanse, sin embargo, lo bastante para señalar las hondas diferencias entre el Madrid de doña Isabel II y el actual.

En el espacio de poco más de medio siglo la transformación de la villa y corte ha sido completa, y una de las fases más curiosas de la vida madrileña es esta del paseo por la Castellana, que entonces se llamaba de *Las Delicias de Isabel II*.

Terminado en los tiempos en que era corregidor de Madrid el célebre marqués de Pontejos, a quien tanto debe la corte de España, y abierto el paseo central de coches en los del marqués de Santa Cruz, a quien se debe también la erección del Obelisco, en que aquél concluía, uníase al llamado Salón del Prado, y separando ambos se alzaba la hermosa fuente de la Cibeles, que muchos hemos conocido, como reclinada en un fondo de verdor, dirigiendo los leones hacia el amplio Salón, lo que hizo decir a un poeta de esta deidad mitológica:

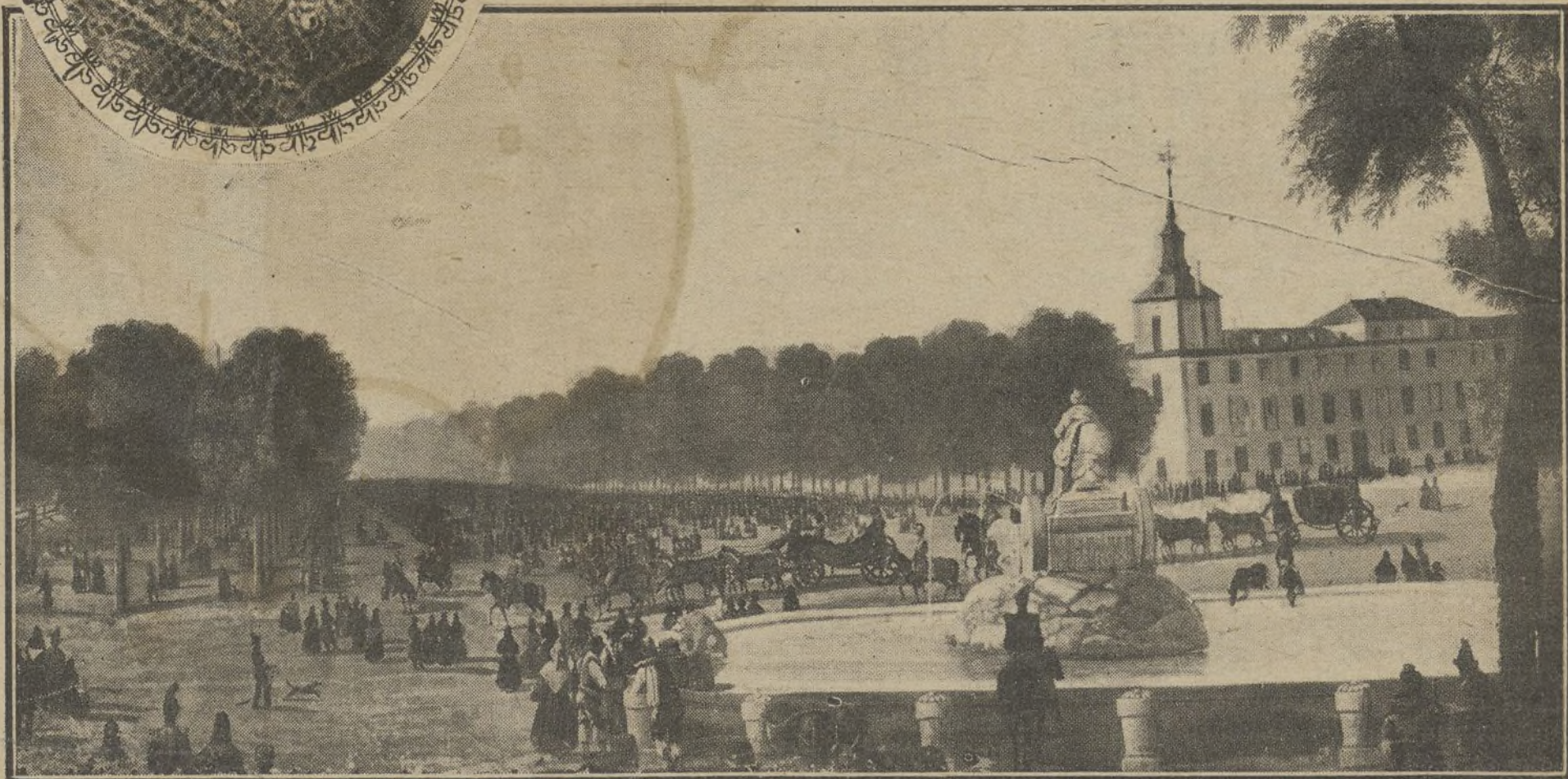
Que en tu carro triunfal rompe hacia el Prado.

A la caída de la tarde toda la sociedad aristocrática de la corte acudía en coche o a caballo a dar las indispensables vueltas por el paseo; las damas, que ya por aquel tiempo comenzaban a abandonar la clásica mantilla, trocándola por el sombrero francés, hacían alarde de extraordinario lujo.

Las gentes bajaban hacia el paseo que un diplomático extranjero consideraba más interesante, por su doble aspecto popular y aristocrático, que los célebres *Hyde-Park*, de Londres, y *Campos Elíseos*, de París, por la ya espléndida calle de Alcalá, dejando a uno y otro lado los palacios de Casa-Riera (antiguo de Abrantes), del banquero Santamarca, donde años más tarde la duquesa Carolina de Nájera había de celebrar brillantes fiestas; el de Buenavista, mandado



entre las descomunales *chisteras* de los *petimetres* se destacaban no pocos *calañeses*; el pueblo simpatizaba con la aristocracia; la Reina era popularísima; había respeto y simpatía, que se manifestaba en los más nimios detalles. Pasaba, por ejemplo, la duquesa de Alba—hermana de la Emperatriz Eugenia—en coche descubierto, tirado por preciosos ca-



Aquí se ve el castizo y famoso Salón en el tercio primero del siglo XIX. Pasan con su comitiva las Reinas María Cristina e Isabel. En el paseo se aglomera un gentío enorme. La opulenta Cibeles, que después dió media vuelta a la derecha para coquetear con la calle de Alcalá, contempla con mudo interés el espectáculo, porque las diosas, hembras al cabo, también son curiosas.

marqués de Alcañices, maravillosa residencia llena de magníficas obras de arte, en donde triunfó la belleza soberana de la Princesa Sofía Troceveskoy, viuda del duque de Morny, casada con el ilustre prócer, amigo íntimo de D. Alfonso XII,

ballos y conducido por minúsculos postillones ingleses, y la curiosa mirada popular seguía con simpatía; aparecía triunfante en el espléndido mediodía de su española belleza la duquesa de Medinaceli, y todos rendían vasallaje a su

hermosura; cruzaba grácil y elegante en su berlina la condesa de Vilches—belleza immortalizada por el pincel de Federico Madrazo—, y el público se agolpaba para descubrirla entre la multitud de elegantes jinetes que la daban escolta.

¡Oh, las bellas damas de entonces! ¡Cuántos rasgos de noble esplendidez y de agudo ingenio señalan las crónicas de la época! Muy conocido aquel que algunos atribuyen a la condesa de C. A., quien en una partida de tresillo dió una graciosa lección a cierto caballero que se había detenido largo rato buscando en el suelo una moneda de oro, y ella, para alumbrarle, retorció unos billetes de Banco, encendiéndolos en la bujía a manera de mecha.

Menos conocida, pero no menos auténtica, esta otra que un diplomático alemán atribuye a la condesa de Benavente:

Habiase celebrado una *soirée* en cierta Embajada extranjera, en cuyo *buffet* se notó que el *champagne* escaseaba, siendo esto objeto de las naturales críticas en las conversaciones mundanas; pocos días después la egregia dama, que habitaba en su palacio de la Cuesta de la Vega—actual residencia del Infante D. Fernando—, dió una recepción; entró en el zaguán el carruaje del citado embajador extranjero, y los palafreneros de la casa ducal sacaron sendos cubos llenos de espumoso *champagne* para que se abreviaran las caballos...

Hasta que en el cielo luminoso de la corte comenzaban a brillar las estrellas continuaba el delicioso paseo, que se prolongaba desde la fuente llamada de *Las Esfinges*—ya desaparecida—hasta la de Neptuno, que se alzaba en el mismo lugar que hoy, aunque en distinta orientación.

Desde aquellos tiempos a los actuales el hermoso paseo, engrandecido y embellecido, ha pasado por no pocas alternativas, siendo una de sus épocas más brillantes aquella en que el conde de Toreno hizo inaugurar el Hipódromo para festejar las bodas de D. Alfonso y doña María Cristina de Austria.

Entonces adquirió una nueva fase de elegancia con los *mail-coachs* de Fernán-Núñez, de Alba, de Villamejor y de la Laguna; con las carretelas a la *Grand'Aumont* de la Casa Real, de la duquesa de Sanlúcar la Mayor, del marqués

de Fontanar y tantos otros, que le daban un aspecto incomparable de distinción y de elegancia. Mas esto, por pertenecer a una época más reciente, ha de ser objeto de otras crónicas.

MONTE-CRISTO



# EL MISTERIO DEL CUARTO ESCONDIDO



HABÍA una vez dos niños, Eduardo y Catalina, que vivían en una casa magnífica: una casa antigua y muy grande que se llamaba «La Granja». Eran melizos, se querían mucho y no se separaban jamás.

No habían vivido siempre en «La Granja» porque «taitica» (así llaman muchos niños a su papá) era un artista pobre que trabajaba mucho pintando cuadros, pero que sacaba muy poco dinero, pues no se los compraban.

Catalina y Eduardo se acordaban muy bien de aquellos tiempos malos en los que no tenían criada, pues era un gusto que ellos no podían sostener, y en vez de vivir en una casa grandísima, como ahora, y poder correr por un jardín hermosísimo, estaban metidos en un cuartucho de mala muerte, en una calle estrecha.

De pronto, cambió todo; un tío del artista, pintor también y hombre muy rico, había muerto, dejando a su sobrino aquella finca soberbia y dinero suficiente para que pudiera disfrutarla.

Fué otra la vida entonces para «taitica» y sus dos niños, porque nunca se sabe estimar tanto la fortuna como cuando se ha sabido lo que es carecer de ella.

Nada faltaba a los dos niños: ricos platos para comer, buenos trajes y una institutriz muy instruida y muy amable que les enseñaba todo a las mil maravillas.

Cuando no tenían que dar lección corrían y jugaban por donde les parecía bien, pues su papá y su mamá eran partidarios de dejar libres a los chicos, y como la casa era grandísima y tenía departamentos sin habitar, no les faltaban sitios por donde meterse y curiosear a sus anchas. Por eso fué descubrir la tremenda cosa que descubrieron.

Fué Catalina la que dió un día con el cuarto secreto. Había una habitación guardada toda de madera, y a Catalina se le ocurrió ajustar uno de los tableros, que estaba un poco desprendido. Al empujar, se conoce que apretó algún resorte oculto, y el tablero cedió, descubriendo una puerta.

—¡Eduardo! ¡Eduardo!—gritó a su hermano, que estaba en la misma habitación, pero entretenido en otra cosa—. ¡Mira lo que hay aquí!

—¡Magnífico!—exclamó—. ¡Vamos a ver adónde va esto!

Eduardo era un muchacho decidido, y tanto él como su hermana se pirraban por las aventuras y los descubrimientos; así que estaban ya impacientes por ver qué salía de todo aquello.

La puerta daba a un pasillo muy estrecho y con muy poca luz; echaron adelante por él, y a poco tropezaron sus pies con un obstáculo. Pronto vió Eduardo que eran unos escalones de piedra; comenzaron a subir. Siguiéron la escalera hacia la izquierda, a tientas, y cuando tropezaron con una puerta, empujaron y apareció ante ellos una habitación inmen-

sa, tres o cuatro veces más grande que las habitaciones de arriba. Todo estaba polvoriento y abandonado, como si nadie hubiera pasado por allí desde hacía mucho tiempo. Había en la habitación tres o cuatro puertas, y cada una daba a otros tantos corredores.

¡Cuánta sorpresa, cuánto descubrimiento imprevisto! ¿Qué iría a salir de todo aquello? Eduardo y Catalina se guardaron bien de decir a nadie lo que habían encontrado; querían conocer todo hasta

el fin antes de decir nada, y para eso hacían falta varios días. Todas las mañanas, a la hora del juego, iban al cuarto oculto, y cada día tiraban por un corredor distinto. Nada nuevo encontraron en los primeros; habitaciones vacías, y nada más. Pero una mañana, en vez de la habitación que habían encontrado otras veces, se encontraron con un pasillo estrecho, muy estrecho y muy oscuro.

Titubearon antes de entrar en él, porque tenían que faltase el suelo de pronto y pudieran caer en un pozo o cosa así; pero, al fin, marchando con muchas precauciones, examinando antes con mu-

cho cuidado las paredes y el suelo, fueron avanzando hasta que divisaron una luz.

Cuando llegaron a ella vieron una especie de cueva bastante confortable, bien arreglada, con muebles y una ventana oculta por una empalizada. Había en la habitación una cómoda, una mesa de despacho, un sillón, pluma y tintero. El aspecto del cuarto indicaba que alguien lo había utilizado en otras épocas.

Todo aquello debía llevar al descubrimiento de algo importante.

La cosa era buscar y dar con el secreto, porque si buscaban bien era indudable que algo extraordinario encontrarían.

Y Eduardo y Catalina lo encontraron, en efecto. ¿Qué fué? Sólo un papel. Nada más que un pliego de papel, amarillento y lleno de polvo, escrito todo él y atado con una cinta roja.

El encabezamiento del escrito decía así: *Ultima voluntad y testamento de Jorge Eduardo Dunfield.*

Y luego, entre otras cláusulas, esta declaración importante:

«Desheredo en absoluto a mi sobrino Eduardo Dunfield y anulo mis testamentos anteriores a su favor, ya que él ha preferido seguir el camino del arte, camino de bohemia y desorden, en vez de hacerse un hombre de provecho. Lego, pues, todas mis propiedades y bienes al

presidente de la República holandesa, a fin de que funde con su producto unas escuelas nacionales.»

Eduardo y Catalina comprendieron pronto las terribles consecuencias que de aquella disposición se deducían para ellos. Lo ocurrido estaba claro: el tío Jorge había muerto de repente y había heredado su sobrino Eduardo, heredero legítimo a falta de otros parientes más directos; pero esto había sucedido porque nadie estaba enterado de aquel documento.

El conflicto, pues, era terrible y dejó a los dos muchachitos consternados. Si daban cuenta del papel encontrado volverían a la pobreza y comenzarían a padecer de nuevo.

¡Adiós trajes, y golosinas, y juguetes, y el aprender tantas cosas en los libros de estampas bellas que les enseñaba la institutriz, y el jugar por el jardín en vez de estar en aquel cuarto triste y miserable, sin alegría y sin sol.

—Mamá volverá a sufrir como antes—dijo Catalina.

—Y papá a ponerse triste, porque no podrá sostenernos—añadió Eduardo.

—Tenemos que quemar este papel—decidieron ambos al fin.

Pero no lo quemaron, sin embargo. Se contentaron con guardarlo otra vez y no decir una palabra a nadie.

Así estuvieron tres semanas enteras, con el secreto terrible escondido; pero cada vez les pesaba más aquella lucha, hasta que decidieron acabar con el tormento.

—Es preferible ser pobres a estar así—dijeron.

Y se lo contaron todo a sus papás y confesaron llorando cómo se habían callado por miedo a que ellos volvieran a pasar las angustias de antes.

Cuando terminaron de hablar, el padre leyó detenidamente el documento, se echó a reír y dijo:

—Pequeños míos, no hay que temer lo más mínimo. Mi tío Eduardo regañó conmigo y dijo que me desheredaba, en efecto, creyendo que yo me dedicaba a pintar por seguir una vida desordenada y libertina; pero cuando vió que trabajaba en serio y que pasaba privaciones sin renegar de mi afición, se reconcilió conmigo y me dejó su fortuna en un testamento perfectamente legal. Este documento fué, sin duda, uno de los muchos que haría y que dejaría luego olvidado, sin preocuparse de romperlo, puesto que el último está en mi poder y me nombra a mí heredero de sus bienes. Quedaos tranquilos, pues; y por si aun dudáis, sabed que el presidente de la República holandesa no puede heredar nada, por que ya no hay República en Holanda.

Con esto, Eduardo y Catalina volvieron a ser felices y renegaron de tantos corredores y cuartos escondidos.

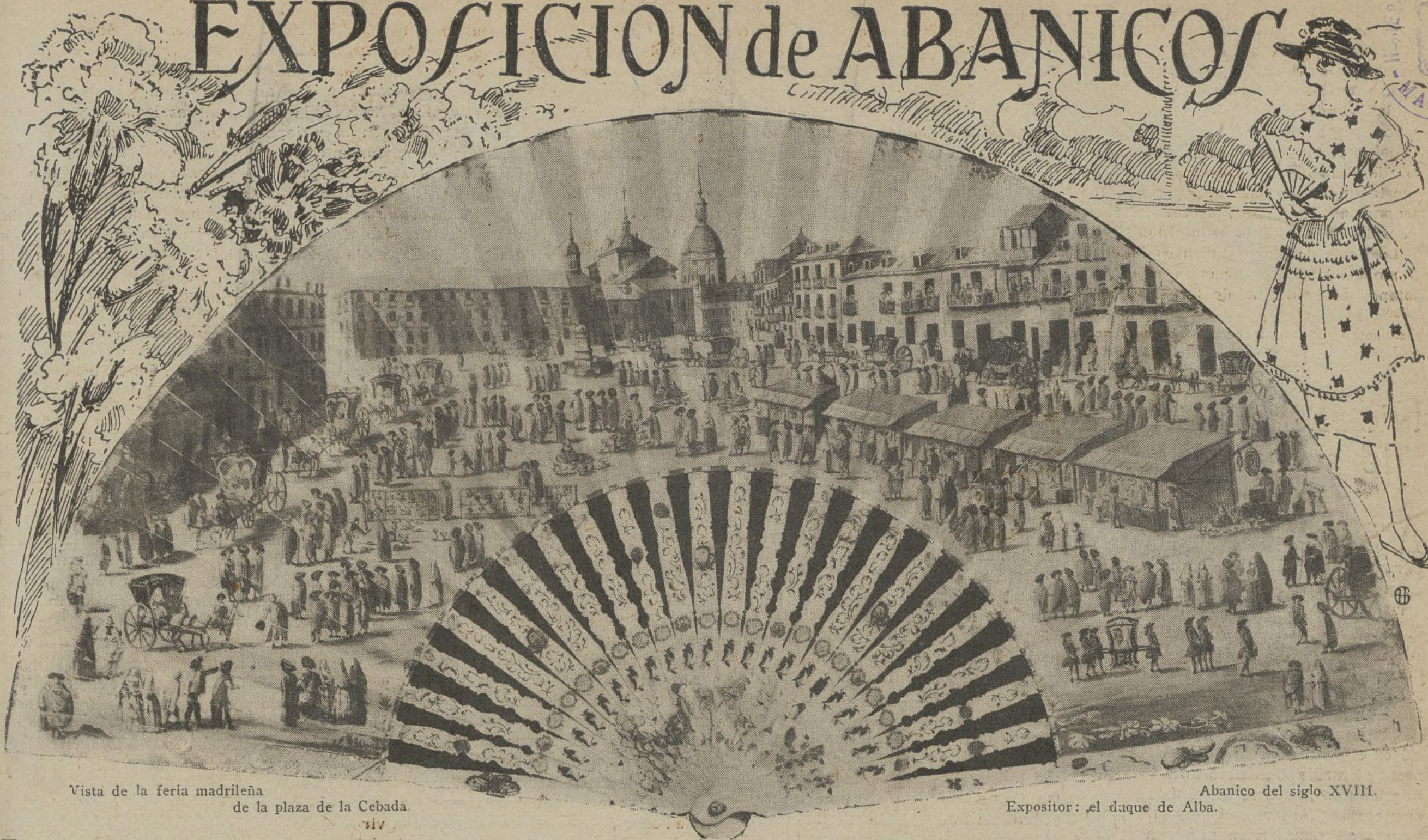
Juan DE LAS VIÑAS

Dibujos de BARTOLOZZI.





# EXPOSICION de ABANICOS

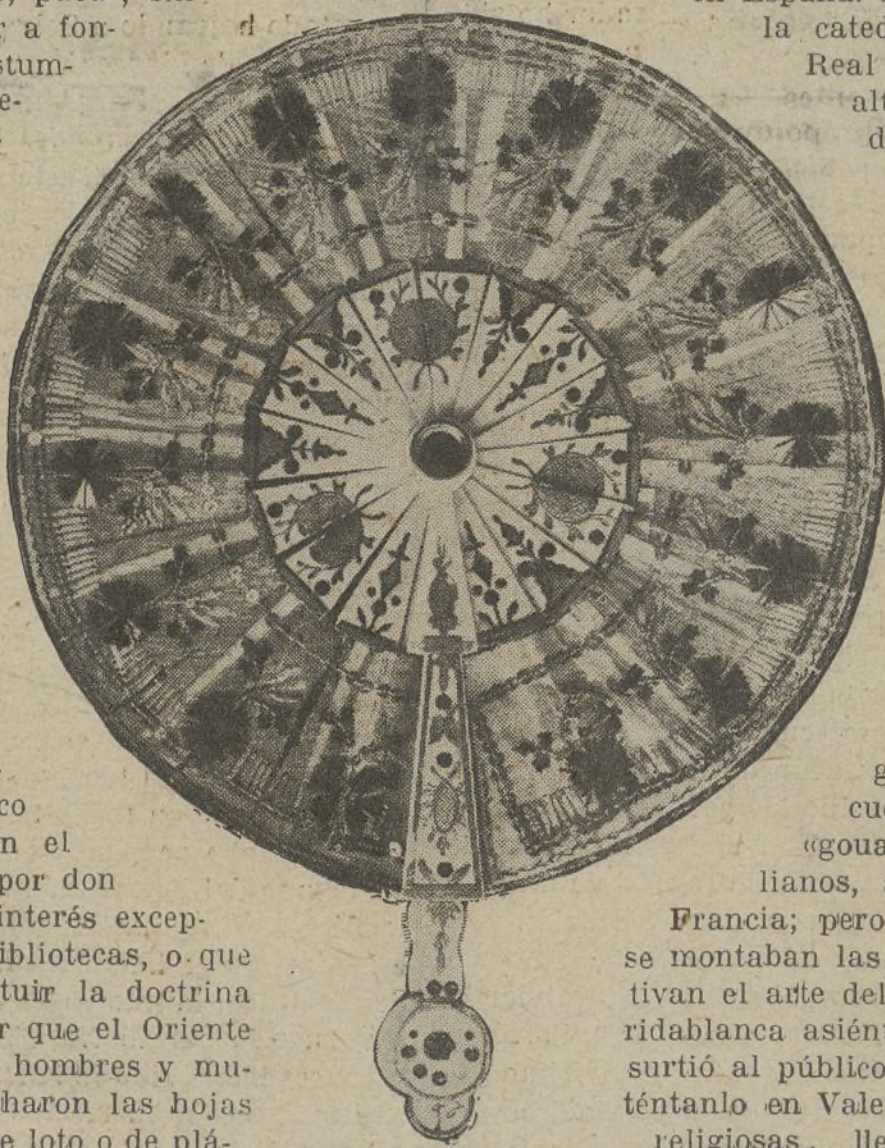


Vista de la feria madrileña  
de la plaza de la Cebada.

Abanico del siglo XVIII.  
Expositor: el duque de Alba.

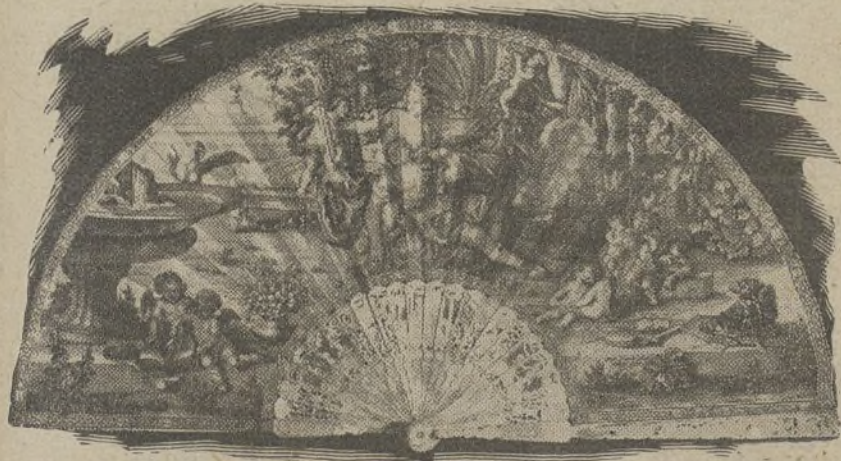
La Sociedad Española de Amigos del Arte ha tenido el acierto de encontrar re-  
unidos en D. Joaquín Ezquerro del Bayo al inteligente coleccionista con la per-  
sona de depurado gusto. Confiándole el encargo de organizar una Exposición de *El  
abanico en España*, ha sabido el Sr. Ezquerro realizar su cometido de manera tal  
que la Exposición por él dispuesta resulta una serie de expresivas páginas, en las  
cuales se nos presenta la historia de ciertas épocas con su adecuado  
carácter. Objeto al parecer tan frívolo como el abanico, puede, sin  
duda, aportar valiosos elementos de juicio para conocer a fon-  
do lo que ha sido cualquier momento del pasado. Costum-  
bres, modas, preocupaciones sociales, la pasión extre-  
mosa de partido comentando los acontecimientos, etcé-  
tera, etc., todo ello viene a quedar reflejado en el aba-  
nico; a veces, en amena forma de arte. Desde el  
año 1870, que el Museo de South Kensington cele-  
bró la primera Exposición de abanicos, no ha ha-  
bido pueblo que no haya aceptado la idea, por  
el sentido histórico que encierra y aun por deter-  
minadas derivaciones industriales. Mas la pren-  
da que, con la mantilla y la peineta, presta sin-  
gular realce a los encantos de la mujer española,  
no ha merecido hasta ahora el honor de ser es-  
tudiada entre nosotros. La Sociedad Española de  
Amigos del Arte, consciente de la escasísima do-  
cumentación que la materia cuenta aquí, ha tra-  
tado, pues, de remediar la falta. Encomendando las  
tareas organizadoras y la labor de catalogación al  
Sr. Ezquerro, realza de nuevo sus anales y a la par  
beneficia la obra de la cultura patria. Guía para com-  
prender lo que en líneas generales ha sido el abanico  
en España se hallará, lo más razonada que cabe, en el  
prólogo escrito para la edición del catálogo ilustrado por don  
Joaquín Ezquerro del Bayo. Al ejemplar curioso o de interés excep-  
cional, lo mismo que al dato exhumado en archivos o bibliotecas, o que  
a la pieza de museo, acude el prologuista para constituir la doctrina  
de su bosquejo histórico, el cual comienza por recordar que el Oriente  
fué la cuna del abanico, y sus inventores, los primeros hombres y mu-  
jeres que para defenderse del sol y refrescarse aprovecharon las hojas

los cartagineses; el *flabellum* romano presta su finalidad litúrgica al culto cris-  
tiano, y todavía hoy, en las más grandes solemnidades papales, acompaña al  
Soberano Pontífice cuando ceremoniosamente es transportado éste en la silla ges-  
tatoria. Durante la Monarquía visigoda no se acrecentó su comercio, y de su uso  
en la España musulmana hay una mención en el Código de Azagra. Siglos antes  
de que se adoptara la forma de bandera, que divulgó Italia, la vemos  
en España. Representase en una arqueta de marfil (perteneciente a  
la catedral de Pamplona) ejecutada el año 1005 en el taller  
Real de Córdoba para el hijo de Almanzor. Pasemos por  
alto aquellas cuestiones que se refieren a la fabricación  
del abanico en las regiones aragonesa y valenciana a  
partir de la décimatercia centuria. Ventales, abanos  
y abanicos figuran en diversas cláusulas de inven-  
tarios, mencionados o descritos, de pluma con man-  
go de ébano y metales preciosos; plegados, de per-  
gamino pintado o terciopelo con un pie corto; de  
bandera o veleta, etc. Corresponde a Portugal y a  
España la prioridad de los de cierre, tipo que lue-  
go copió Italia y acabó por implantarse en el res-  
to de Europa. Con el advenimiento al trono his-  
pano de los Borbones entra una avalancha de  
abanicos franceses. «Unos modestos, otros de va-  
rillaje riquísimo, todos están llenos de asuntos  
mitológicos o de la historia griega y romana; al  
irse marcando el siglo XVIII, ya hartos de solem-  
nidad y pompa oficial, empiezan las escenas de fies-  
tas galantes, las parejas amorosas, los propósitos li-  
geros y a ratos libertinos. Sus intérpretes siguen la es-  
cuela de Watteau, Lancret y Boucher y manejan la  
«gouache» con soltura, dejando los punteados para los ita-  
lianos, amantes de la tradición. Los varillajes se hacían en  
Francia; pero los mejores venían de China y el Japón, y en ellos  
se montaban las telas escogidas.» Artistas nacionales y extranjeros cul-  
tivan el arte del abanico en el siglo XVIII. Bajo la protección de Flo-  
ridablanca asiéntase en Madrid un francés, monsieur Prost, cuya Casa  
surtió al público de quantas clases se conocían. Al popularizarse, os-  
téntanlo en Valencia y Cataluña devotos que asisten a las procesiones  
religiosas, lle-  
gándose a utili-  
zarlo como adorno  
en las andas  
de las imágenes.



Abanico plegable. Fin del  
siglo XVIII. Exposito-  
ra: Señora de Puncel.

En Calañas, provincia de  
Huelva, se discurre hacer el  
de caña, inseparable de hom-  
bres y mujeres en las cor-  
ridas de toros. A raíz del  
terremoto que casi destruyó  
a Lisboa en 1755, la inven-  
tiva del pueblo comenta el  
caso en abanicos llamados  
del temblor y en el baile del  
terremoto. Una hoja de ro-



«Los amores de Venus y Marte». Nápoles, 1751. Por la de-  
licadeza y gracia de la composición, es una verdadera joya.  
Expositora: la marquesa de Urquijo.



«Los grados de la vida: El amor es de toda edad».  
País de abanico puesto en el Índice por la Inquisición.  
Año 1806. (Archivo Histórico Nacional.)



mance publicada en Sevilla el año 1756 nos habla de cierta señora que acudió a la tienda de un abaniquero pidiendo un abanico del *temblor*; a la respuesta del comerciante enseñándola un crucifijo se desmayó la dama. La moraleja es de fino sabor andaluz.

Las modas francesas en los trajes de mujer se transformaron con suma facilidad desde el comienzo del reinado de Luis XVI hasta la abdicación de la Corona española en Bayona. El abanico forzosamente había de acomodarse a semejantes mudanzas, cambiando, en armonía con las modas, de tamaño y decorado. Las ideas emanadas de la Revolución francesa suscitan en España toda suerte de recelos. Evitase por cuantos medios se alcanzan la propaganda revolucionaria. El abanico se convierte en vehículo de los nuevos tiempos, y en ese respecto es perseguido: la Inquisición lo secuestra y condena.

La Corte de María Luisa es la del abanico. No hay dama que no lo luzca; el modelo suele ser de mesa revuelta, pintada en cabritilla o papel; el asunto, pompeyano, o temas de toros. El Dos de Mayo y la guerra de la Independen-

cia se romancearon en el abanico; asimismo la vuelta de Fernando el Deseado o la jura de la Constitución. El abanico cristino, de hueso o nácar, con países de papel pintado o grabado, trasciende las escenas románticas y las situaciones más salientes de las óperas rossinianas en boga.

Abanicos sin poesía, hueca parodia de los magníficos que produjo Francia en los reinados de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI, son los isabelinos. Al lado de tanta prosa triunfa el exotismo chino y japonés, de inconfundible y pintoresco encanto. Filipinas nos lo envía, en espléndida serie de abanicos, junto con otras muestras del Oriente. Pérez Galdós, en su *Fortunata y Jacinta*, nos recreará ensalzando las bellezas de este arte opulento y colorístico.

Después, la industria mata o anula la creación personal. Confiemos, no obstante, en el renacimiento del abanico. Sin duda, contribuirá a su dignificación la Exposición que la Sociedad Española de Amigos del Arte ha abierto con laudables propósitos.

Angel VEGUE Y GOLDONI.

## LECTURAS

### Nietzsche a través de su epistolario

III

ANTES de indagar a través de sus cartas la formación plena de la obra afirmativa de Nietzsche, veamos el sentido en que su nacionalidad influyó en él, como base de la influencia recíproca que él pudo ejercer sobre su nacionalidad. Ahora, tras la guerra fatal para Alemania, la lección es vivamente patética.

Nietzsche, como Schopenhauer, como todos los temperamentos geniales, fué un desarraigado. Su primer impulso se ejerció en el sentido de la disimulación respecto al medio. Teniendo ante la visión interior una patria ideal, o, más propiamente, una *filia* ideal, es muy difícil sustraerse a la maldición profética contra la patria real y presente. El hombre excepcional tiene siempre un separatismo de espíritu que lo aísla de los demás. Hay un escrúpulo de pureza que nos obliga a salvar nuestra participación en la común bajeza del grupo humano en que vivimos inscritos. Y, por una inversión paradójica, el patriotismo supremo suele consistir en esa imprecación airada contra la patria inmediata y tangible para adaptarla violentamente a la patria soñada y lejana, de la cual no somos hijos, sino padres.

Nietzsche, recién salido de la visión de la guerra, escribe a Gersdorff, en 7 de noviembre de 1870: «Abrigo las mayores preocupaciones respecto a la marcha de la civilización en los próximos tiempos. ¡Ojalá no tengamos que pagar los enormes éxitos nacionales con pérdidas en otros sectores; minoración a la cual yo, por lo menos, no me resignaría! Te diré, en confianza, que la Prusia actual me parece un poder extraordinariamente peligroso para la civilización.» Pero en junio del año siguiente, en plena victoria, le escribe: «Nuestra misión alemana no ha terminado aún. Existe todavía el valor, y precisamente el valor alemán, que es algo muy distinto del *élan* de nuestros vecinos, dignos de lástima.»

Quiero transcribir una página de Brandés relativa a Nietzsche, la cual adquiere hoy una luminosidad insospechada, cuando los términos de la victoria y la derrota se han invertido, aunque permanezca la misma verdad fundamental y hondísima: «La opinión pública quería que fuese la civilización alemana quien hubiese vencido a Francia. Entonces se oyó una voz que decía: Supongamos que realmente dos civilizaciones se hayan medido, la una contra la otra; eso no sería una razón para coronar la civilización victoriosa; sería preciso conocer al menos el valor de la vencida, y si este valor era insignificante, como se nos afirma de la civilización francesa, el honor de haberla vencido no sería muy grande. Más aún: en vano se habla de una victoria de la civilización alemana, porque la civilización francesa continúa existiendo y los alemanes permanecen bajo su dependen-

cia. La disciplina, la natural bravura, la resistencia, la superioridad de los jefes, la obediencia de los soldados, elementos que nada tienen que ver con la civilización, han proporcionado a Alemania la victoria. Pero además, y sobre todo, la civilización alemana no ha obtenido victoria, por la razón suprema de que hasta aquí Alemania no posee nada que pueda ser llamado civilización...»

«Ante todo, la civilización se manifiesta bajo la forma de unidad de estilo a través de todas las manifestaciones de la vida de una nación. Inversamente, el hecho de haber aprendido y de saber muchas cosas no constituye ni un medio necesario para alcanzar una civilización verdadera, ni un signo de civilización, este hecho es compatible con la barbarie, esto es, con la ausencia de todo estilo o con la mezcla informe de todos los estilos. En una palabra: con una civilización adventicia no se puede sujetar a ningún enemigo, y sobre todo a un enemigo que, como el francés, posee hace mucho tiempo una civilización verdadera y fecunda, sea cual sea el valor que se le conceda. Y con este motivo cita Nietzsche unas palabras de Goethe a Eckermann: «Nosotros, alemanes, somos de ayer. Ciertamente, nuestro trabajo civilizador ha sido intenso desde hace unos cien años; pero podrían muy bien pasar dos o tres siglos antes que haya penetrado en nuestros compatriotas bastante ingenio y civilización superior para que pueda decirse que están separados de la barbarie por un transcurso considerable.»

«Pero—continúa diciendo Brandés—Nietzsche cree que el tiempo de las civilizaciones nacionales ha pasado, y no está lejos el momento en que no se hablará más que de una civilización europea, o americano-europea, sola y única. Desde ahora, los hombres avanzados de todos los países se considerarán como europeos, como compatriotas, en cierto modo como aliados, y el siglo XX nos hará asistir a una lucha por la hegemonía sobre el mundo. Y entonces, cuando, al salir de esa guerra, un huracán devastador y nivelador habrá barrido las vanidades nacionales, ¿qué quedará en pie?... A los ojos de Nietzsche, la desgracia capital de un país no consiste en carecer de civilización verdadera, una y sistematizada, sino en creerse civilizado sin serlo. Y, volviendo los ojos a Alemania, se pregunta cómo puede explicarse el contraste vivísimo entre la falta de civilización verdadera y la convicción satisfecha de poseer la única auténtica; y encuentra la respuesta en la llegada al poder de una clase de hombres que ningún siglo precedente ha conocido y que en 1878 designó con el nombre de *Filisteos de la cultura*... Esto no es siquiera civilización mala; es barbarie sólidamente atrincherada.»

La misma animadversión anotamos en el *Epistolario*. Escribe Nietzsche a Rohde en los días de la guerra: «Hay que regenerar el espíritu germano y destruir lo que hasta ahora se ha llamado cultura.»

¿Hubo en las volubilidades de su insistencia sobre su origen polaco un motivo más de antigermanismo? Ese recuerdo

parece un *leitmotiv* sentimental. «Hay aquí muchos polacos—escribe a Peter Gast en agosto de 1880 desde Marienbad—, y, cosa maravillosa, todos me tienen por un compatriota, me dirigen saludos en su idioma y no me creen cuando me doy a conocer como ciudadano suizo. Es de raza polaca; pero Dios sabe hacia dónde habrá vuelto el corazón, dijo uno, todo turbado, al despedirse.»

«¿Cómo es posible leer un libro alemán?—preguntaba a fines de 1882 a Enrique de Stein—. Wagner dijo una vez que yo escribía en latín y no en alemán, cosa que es verdad, y que además suena muy bien en mis oídos. Yo no puedo tener para con todo lo alemán más que un cierto interés exterior, pues si considera usted mi nombre verá, seguramente, mi origen polaco. En efecto; mis antepasados fueron nobles de dicha nacionalidad, y todavía la madre de mi abuelo pertenecía a ella. He hecho de mi semigermanismo una virtud y me esfuerzo en dominar el arte del idioma germano más de lo que es posible a un alemán.»

El proceso de esa distanciamiento entre su individualidad y su raza llegó al extremo de renegar del maestro de su juventud en alguna increpación violenta: «Estos días he estado hojeando a Schopenhauer—dice a Malwida de Meysenbug, desde Niza, ya en febrero de 1884—. ¡Ah, qué harto estoy de esta *bêtise allemande*! Estropea todas las cosas grandes. ¡Hasta el pesimismo! Y en mayo de 1887, desde Chur (Suiza), le escribe: «¡Ojalá pudiera ir a Versalles! Venero el círculo de hombres que allí ha de reunirse, pues, original confesión en un alemán, sólo con los franceses y los rusos me siento emparentado dentro de la Europa actual. En cambio, me encuentro extraño en absoluto para con mis ilustrados compatriotas, que todo lo juzgan a través del principio *¡Alemania, Alemania sobre todo!*»

«Los alemanes—escribe, en fin, a Overbeck, desde Turín, en octubre de 1888, ya cerca del estallido final—, esa raza irresponsable que tiene sobre su conciencia todas las grandes torpezas contra la civilización y que en todos los momentos decisivos estaba pensando en otra cosa (así, en tiempo del Renacimiento, la Reforma; la filosofía kantiana, cuando en Francia e Inglaterra se había alcanzado el método científico; la guerra de la independencia, cuando surgió Napoleón, que hasta entonces había sido lo bastante fuerte para llevar a cabo la unidad política y económica de Europa), esa raza tiene ahora en la cabeza el Imperio, recrudescencia del atomismo de la civilización, en un momento en que por primera vez se plantea la gran cuestión de los valores. Nunca ha habido en la Historia un momento más importante.»

En el artículo próximo veremos cómo de esa diversificación con la raza y el medio surgió una de las más fuertes individualidades que haya producido la selección humana; y cómo, a pesar de ello, una compenetración entre el hombre excepcional y su raza habrá quedado, viviente y alocucionadora, para el porvenir.

Gabriel ALOMAR

## RECUERDOS DE LISBOA

### Cómo vivía y era Oliveira Martins

NO hace mucho tiempo se inauguró una lápida en la casa donde moró el gran historiador lusitano Oliveira Martins... Y yo voy a evocar la impresión que me produjo el melancólico rincón de Lisboa donde está la casa modesta, humilísima finca de vecindad, en que vivió y laboró infatigablemente el polígrafo admirable, el economista salvador de la Hacienda portuguesa, el historiador estupeando del *Portugal contemporáneo*, el etnógrafo de la *Historia da civilização ibérica*, el novelista evocador de *Phæbus Moniz*.

Allí mora actualmente su distinguida viuda, la excelentísima señora doña Victoria de Oliveira Martins, la que fué compañera abnegada y creyente del gran polígrafo, que siempre le acompañó en sus luchas y en sus decaimientos; la esposa modesta y oscurificada, pero cultísima y ejemplar, que ha querido conservar intacto el gabinete de trabajo del grande hombre; la mujer admirable a quien Anthero de Quental dedicó uno de sus mejores sonetos...

\*

Estamos en una de las calles más típicas de la vieja Lisboa. Para ir desde los barrios nuevos, desde la Avenida a la Academia Real de Ciencias, en la *Rua do Arco a Jesus*, se trepa en el elevador *da Gloria*, que deja en el bello y melancólico jardín de San Pedro de Alcántara, uno de los más deliciosos rincones del mundo para ver y para soñar...

Desde allí se otea toda la parte oriental de Lisboa, la Lisboa oriental de la arcaica división entre el Arzobispo y el Patriarca de las Indias. Es una perspectiva admirable, rincón callado y tranquilo, sombreado por árboles de clima meridional, árboles vastos y rumorosos; un jardín quieto y dulce de ciudad tropical...

Entrase luego a la Rua del Gremio Lusitano—caserón cerrado e impenetrable que da nombre a la calle, con profusión de astas de bandera—, y luego prosiguese por la Travesa dos Inglezinhos, dejando a un lado dos o tres calles transversales del barrio alto y viniendo a parar a la melancólica plazoleta que forma la iglesia de Sao Pedro o Sao Paulo... A un lado queda la Rua Luiz Soriano; y enfrente de la iglesia, con su fachada anaranjada, la Rua dos Caetanos, donde está el edificio del Conservatorio de Música, caserón nobiliario con aire cansado y viejo... Pero yo, instintivamente, con esa especie de olfato que guía al viajero en una ciudad extraña, desciendo por la *Calçada dos Caetanos*. Es este un barrio de tradición literaria; en la *Calçada* o en la *Rua* vivió casi toda su vida Ramalho Ortigao, el vibrante autor de *Las Farpas*,



la mayor fuerza satírica que ha tenido Portugal en el siglo XIX...

Y aquí, en esta calzada que ahora piso, vivió y murió, en una casa modesta, casi esquina a la *Rua do Loureiro*, el glorioso historiador portugués Oliveira Martins. Me detengo ante la lápida que reza la memoria del ilustre autor de *Historia de la civilización ibérica*. Emocionado, leo la lápida, que en términos sencillos—como la vida del filósofo—encomienda su recuerdo y la ejemplaridad de sus virtudes cívicas a los ciudadanos portugueses...

Este fué aquel hombre admirable que alió al poder de evocación de un Michelet el estilo elegante y sobrio de un Guizot, la grave aspereza ibérica de un D. Francisco Manuel de Melo y esa capacidad para las ideas generales que es característica de un Taine; este es el etnólogo que ha dejado obra tan profunda como la *Historia de la civilización ibérica*, el artista prodigioso que ha dado evocaciones históricas que tienen la fuerza romanesca de un Agustín Thierry o de un Walter Scott en *Phæbus Moniz* o en *Os filhos de Dom João I*; este es el economista austero que ha abri-llantado con joyas literarias "la horrible y lúgubre ciencia", como la llamaba Carlyle; este es el historiador admirable, único, que siguiendo las huellas del gran Herculano escribió la *Historia de Portugal* y dejó esos volúmenes incomparables por la evocación realista de las figuras históricas y por el vigor del estilo, así como por la pasión patriótica, que se titulan *Portugal contemporáneo*...

Aspero fué a veces Oliveira Martins con sus compatriotas; quizás alguno aun le guarde rencor por aquellas imprecaciones y aquellas profecías de profeta bíblico que hizo a su pueblo. Mas todo puede perdonársele, porque amó mucho a su pueblo; y de él podría decirse lo que él dijo de D. Pedro V: «Parecía un monje sonámbulo; pero la modestia, la virtud, grabadas en su rostro, ganaban un encanto de melancolía con esa pérdida de las noches en vela... El día, la luz del sol, la realidad, los hombres, todo entonces se le figuraban un sueño, una pesadilla triste, un mal sino... Cuando no era fúnebre era epigramático; pareciale su reino el peor de Europa.»

Así, pareciéndole a Oliveira Martins su país *el peor de Europa*, trató siempre de corregirle, con una aspereza que recuerda la de nuestro Costa. De él es esta síntesis admirable que resume la situación internacional de Portugal: "¿Mantiéndonos, con todo, de pie sólo esta protección de Inglaterra? No, ciertamente. Nos defiende el desorden de España, por tantos lados semejante al nuestro; defiéndenos el haber allí aquello mismo que constituye nuestro mal orgánico: la falta de alma o pensamiento consciente en la dirección del Estado. Defiéndenos también, vagamente, la historia de sus siete siglos tan fustigados por la retórica, con la lengua diferenciada, con una dinastía, con un Camoes, hasta con el estallar de los cohetes y frases en los primeros de diciembre... Todo eso tiene su valor, aunque muchas veces lo

pierda por la manía de desproporcionarlo todo, grave síntoma de nuestro juicio desequilibrado." Son estas palabras del *Portugal contemporáneo*...

Los españoles hemos de ser, por doble motivo, idólatras admiradores de Oliveira Martins: por lo que él vale como figura universal y como personalidad peninsular y por lo que nos amó... Porque a sus dotes de economista y de historiador, a su estilo scherano y a su capacidad de pensador, que son universales y que le parangonan con Michelet, de quien tiene el poder mágico de evocación; con Taine, de quien recibió la exactitud y el escrúpulo científico, y con Carlyle, de quien ha heredado el áspero pesimismo, aunó en su espíritu un fervoroso amor a España, a la *Hispania mater*, creadora de pueblos y de razas...

Amor que bien claramente manifestó en ocasiones diversas, aun a costa de la impopularidad en su patria. Bástenos recordar como *penhor* gratisimo de admiración a nuestra patria aquellas palabras sinceras y crudas, inscritas en el *Portugal contemporáneo* a propósito de las polémicas suscitadas por el libro *La Iberia*, de D. Sinibaldo de Mas, traducida y prefaciada en la edición portuguesa por el gran orador, polígrafo y también hispanófilo Latino Coelho: «Aparecieron graves folletos sombríos, pintando con sinceridad o sin ella las amenazas inminentes. Y despertar en el pueblo el odio a Castilla fué otra vez, como siempre ha sido, un medio de hacer oposición...»

Andrés GONZÁLEZ BLANCO

## LECTURAS

La *Novela Literaria* publica *En familia*, de J. K. Huysmans, traducida al castellano por Germán Gómez de la Mata, con el respeto y la pulcritud que ha puesto en otras versiones del mismo autor.

*En familia* es una novela casi naturalista, de un pesimismo agudo y resignado, que empieza por parecer sarcasmo y acaba por resultar renunciamiento. En un ambiente de vulgaridades se desarrolla una mansa tragedia psicológica que nos cuenta Huysmans con ese estilo suyo un poco atormentado, pero tan lleno de refinamientos y de sorpresas exquisitas.

x

Don Vicente de Pereda, literato ya ventajosamente conocido por otras publicaciones, acaba de dar a la estampa una novela titulada *Cenizas y leyendas*, dialogada en su mayor parte con frase fluida y galana. El asunto tiene originalidad y emoción.

x

El joven y culto escritor D. Emilio M. Martínez Amador, autor de novelas tan notables como *Vida muerta* y *La inquietud de amar*, acaba de publicar otra muy interesante, titulada *La sombra trágica*, un trozo de la vida madrileña fielmente reflejado.

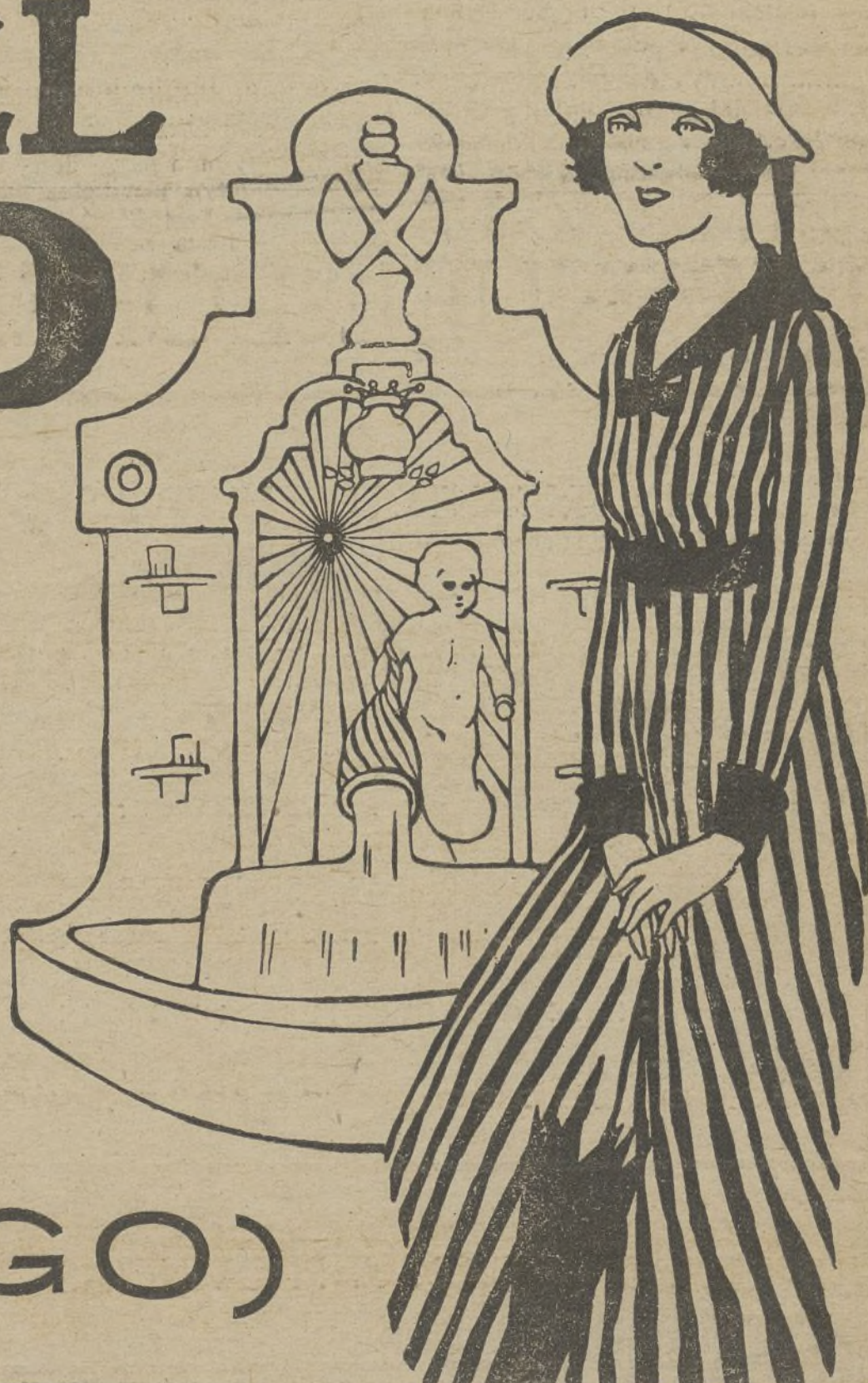
La obra está editada esmeradamente por la Casa Pueyo.

# AGUAS DEL INCIO

análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

Bóveda (LUGO)



## MUEBLES

de junco, medula, mimbre y madera

de la fábrica de D. Dámaso Azcue (AZPEITIA) - REPRESENTANTE: FELIPE SAIZ  
Exposición y depósito: Fernando VI, 1.

Ayuntamiento de Madrid



# EDITORIAL PUEYO

ARENAL, NÚM. 6.—MADRID

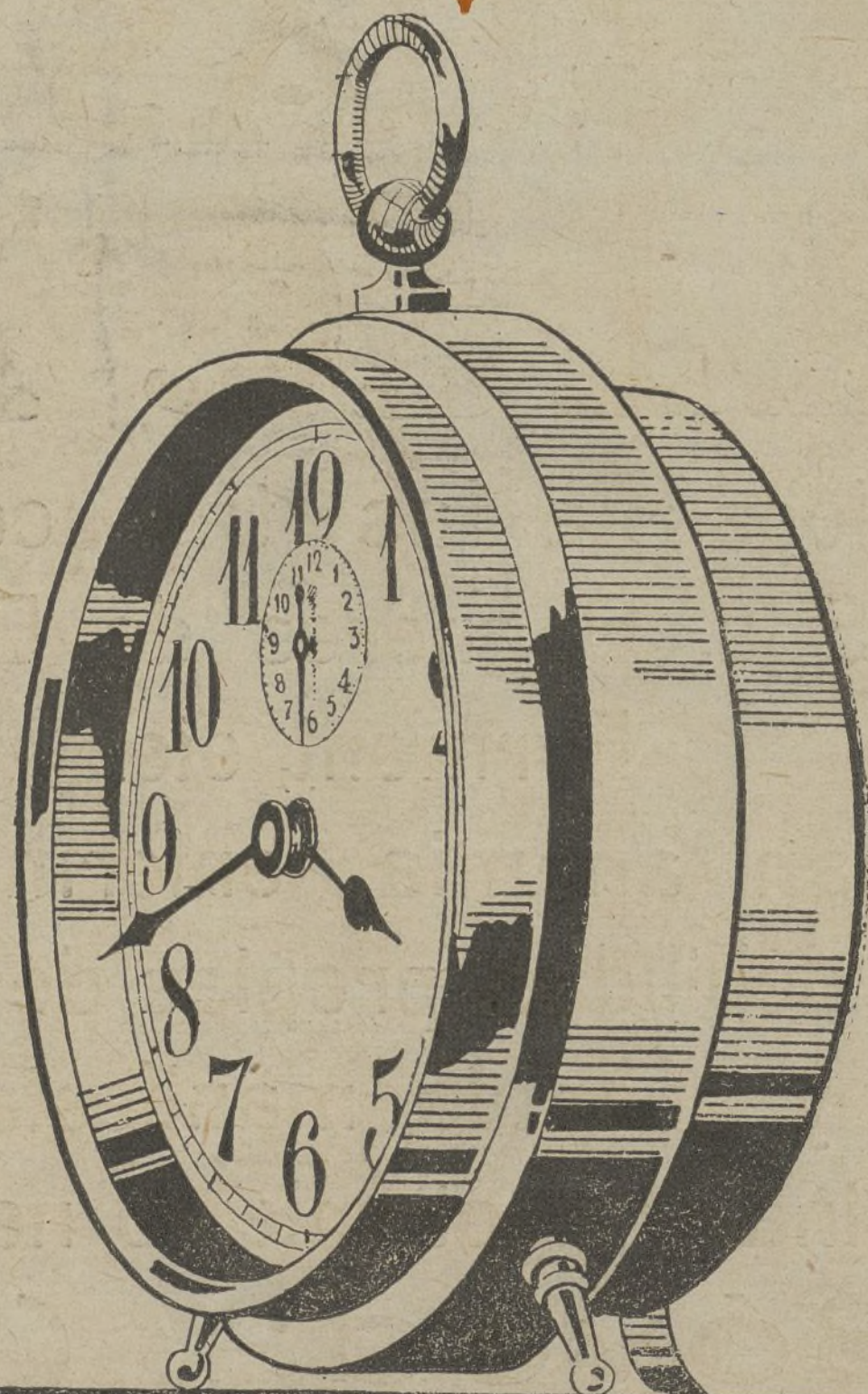
## LIBROS DE GRAN ÉXITO

Muñecos (novela), por Pedro Mata.....	5	pesetas.
Un viaje de novios (novela), por la Condesa de Pardo Bazán.....	5	—
La Casa de la Troya (novela), por Alejandro Pérez Lugín.....	5	—
Páginas grises (en plena guerra europea), por Pedro de Castilla.....	4	—
La Revolución de Laíño (novela), por Francisco Camba.....	4	—
Palladis Tyrones (novela), por Armando Cotarelo Valedor.....	4	—
Nobleza obliga (novela), por Estanislao Maestre.....	4	—
La Cadena (novela), por José Toral.....	4,50	—
Narraciones, por Gustavo Morales.....	3	—
Astrakán puro, por Pérez Capo.....	2	—
Por Pascua Florida (novela), por Vicente Pla Mompó.....	4	—
Las gafas del diablo, por Wenceslao Fernández Flórez.....	4	—
Amor loco y amor cuerdo (novela), por José María de Acosta.....	4	—
Pilar Guerra (novela), por Guillermo Díaz Caneja.....	5	—
Un mundano (novela de la vida aristocrática).....	3,50	—

# CARLOS COPPEL

## FÁBRICA DE RELOJES FUENCARRAL 27 - MADRID.

CERTIFICADO DE GARANTIA  
EN CADA RELOJ.



HELIOS

# MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

Gran diploma y medalla de oro en la Exposición de Industrias de Madrid

Comedores, despachos, recibimientos, dormitorios, sillerías, salones, tocadores, escritorios de señora, bureaux americanos, clasificadores

Casa especial para novios

EXPORTACION A PROVINCIAS

DESPACHO: SERRANO, 17 TALLERES: AYALA, 60